



Fe de ratas

VANESSA VILCHES NORAT ¹¹⁴

-Unos ratones se comen los libros, grita la mujer.

-Estás loca. Acuéstate a dormir. Mañana tengo junta temprano, dijo el marido casi dormido.

-No, ayúdame. He visto muchos ratones, montones, casi veinte, todos encima de los libros. Se los comen. Tienen un orden particular para hacerlo. Empiezan por el lomo, lo huelen, lo tiran con sus patas asquerosas. Le empuñan una garra, lo desarman y, poco a poco, van mordiendo sus páginas, sus palabras, sus sílabas, hasta que se hartan y lo abandonan. Luego al rato vuelven, toman otro y así.

-Deliras, mujer, no jodas, que mañana hay que trabajar. No empieces con tus visiones.

-No son visiones. Te juro que los veo, son muchos. Sabes que no soporto mirar ni uno solo. Imagínate lo que es para mí mirar tantos sobre mis libros. Escalofríos es lo que siento. Jamás me he repuesto de esa sensación. Ayúdame, por favor, que no puedo azuzarlos sola. Apenas me da el valor para asomarme al estudio. Tanta palabra han comido que tienen el cuarto lleno de mierda. Ya sabes, la de ellos es inconfundible, bolitas pequeñas, oscuras. Decenas, cientos, miles de círculos que se repiten infinitamente y que me amenazan con su presencia. Y el ruido es insoportable, sus chillidos, imperceptibles para ti, son crueles a mis oídos; sus patas corriendo, sus arañazos rápidos y certeros por los libros, sus ojos rojizos que absorben la luz de la noche.

114 Vanessa Vilches Norat. Nació en Puerto Rico. Es profesora de lengua y literatura hispánicas en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. Es autora del libro de cuentos *Crímenes domésticos* (Cuarto Propio, 2007) y de *De (s) madres o el rastro materno en la escrituras del Yo. A propósito de Jacques Derrida, Jamaica Kincaid, Esmeralda Santiago y Carmen Boullosa* (Cuarto Propio, 2003). Desde 2005 participa en la columna *Fuera del quicio* para el periódico *Claridad*. En el presente escribe el libro de cuentos *Delirios de la voluntad*. Contacto: voragine@coqui.net.



Parece que gozan particularmente del gusto de la página. La cabeza me explota, un frío se apodera de mi cuello, sube por la espalda, llega a los hombros y casi no me deja moverme. No te molestaría si no fuera en serio, esta vez lo es. Por favor, ven conmigo. Ayúdame a sacarlos de una vez por todas del estudio.

-¡Carajo, siempre me haces lo mismo! ¿Por qué esperas a que me duerma? No me molestaría tanto si fuera antes de quedarme dormido, pero no, venga con la lata de los ratones, no más pego los ojos. Con el trabajo que me da conciliar el sueño y tú jode que jode. Sabes que no hay nada, absolutamente nada. ¿Cuántas veces tenemos que hacer esto? Me pasa por testarudo, todos me lo dicen, pero yo, el mártir. Internarte sería tan fácil, pero qué va. Aquí la quiero, al lado mío. Por unas horas de cordura, pago caro las noches.

Luego de un fuerte silencio, los ojos del hombre se encuentran con los de su mujer. Ella histérica, paralizada, lo observa con su preclara mirada. Los ojos desorbitados y en ellos la mueca de la indefensión. Él no puede resistirse. Respira profundo, tan hondo que el semblante le cambia totalmente. Se incorpora. Abraza a la mujer que le devuelve una mirada agradecida.

-Vamos mujer, vamos a ver qué son esos ruidos en la biblioteca.

De pequeño nada le gustaba más que observar a su madre escribir. Se sentaba al pie de la puerta de la biblioteca, silenciosamente para no molestarla. Era tan hermosa. Quería adivinar siempre la pasión de su madre frente al papel. Ella, concentrada, garabateaba en su libreta de apuntes roja, de páginas cremas, y luego la veía columpiarse hacia la máquina de escribir. Era una figura perfecta. Él, absorto, esperaba, sólo esperaba a su mirada, nada más esperaba. Era tan hermosa sin dudas. Su pelo negro y largo, casi rizado, contrastaba con la dulzura de sus ojos. Él se perdía en ellos, en el pelo, en la mirada. Entonces, la madre, con su espléndida sonrisa, al verlo silenciosamente arrinconado, le dedicaba una mirada, una caricia y le prometía que pronto acabaría, cariño, entonces mamá jugará contigo a las cartas o iremos al parque, a los columpios. Él sabía que no cumpliría, nunca podía sacarla de ese cuarto a tiempo. Se haría de noche y ya sería tarde para jugar, pero a él no le importaba, le bastaba con la promesa de un momento juntos, con esa sonrisa que iluminaba la estancia por un tiempo indefinido hasta que, justo cuando él empezaba a entristecerse, a requerir de



su presencia, la madre se volvía con la promesa hecha sonrisa en sus labios y el acostumbrado “*ya acabo, cariño.*” Otra caricia, un pasar la mano por su cabello, una inmensa sonrisa, la recompensa por la espera. Nada más le hacía falta y así pasaban horas, días, meses.

Bajaron las escaleras que daban al estudio de la mujer. Era una covacha oscura, desordenada, polvorienta, llena de libros a medio abrir. Había diccionarios por todas partes, de sinónimos, de antónimos, de uso, etimológicos, mitológicos. Habría más si no fuera porque él un día, aprovechando una de las pocas salidas de la mujer, se envalentonó y cajas vacías en mano entró en la habitación. Fue sacando, sin pensarlo demasiado, cientos de libros. Llenó cinco cajas que donó a la biblioteca pública del pueblo. Con rapidez intentó seleccionar los menos queridos por su esposa, los no leídos, los repetidos, los afeados. Aquellos cuya ausencia sería imperceptible para su mujer. Se sintió repetir a su padre, y se asqueó de sí mismo. En ese momento había recordado a su madre cuando le contaba que justo para su nacimiento el padre le había guardado sus libros en cajas, para que pudiera amamantar en paz. Es totalmente distinto, se justificó. Se pensaba diferente a su padre. Su mujer tenía demasiados libros, apenas se podía caminar por el estudio, se repetía. Todo un cuarto lleno de libros desorganizados, en absoluto desorden. Ella ni sabía cuáles tenía, cuáles leía con frecuencia.

Después de la enfermedad, y por varios años, había adoptado la extraña costumbre de salir de paseo por las librerías. Entonces siempre traía libros. Al principio parecía un hermoso gesto de recuperación. Como a eso de las dos de la tarde, se bañaba y acicalada, con su paraguas, salía a coger la guagua que la llevaba a Río Piedras. Allí pasaba horas mirando libros y hablando con los libreros quienes le presentaban sus novedades. Luego, llegaba a la casa como a las seis, con sus nuevas adquisiciones que le enseñaba con mucha ilusión: una edición de las *Obras Completas* de César Vallejo, la última traducción al español de *Agua viva* de Lispector, un diccionario de americanismos. Verla tan contenta lo hacía feliz. Pensaba que poco a poco iba recuperando a su mujer. Entonces, se sentaban a comer la cena que había preparado amorosamente y hasta se daban el lujo de beber una copa de vino.

El rutinario paseo a la Ponce de León fue transformándose en una pesadilla. Él empezó a alarmarse con sus compras, no porque excedieran la capacidad de sus



tarjetas de crédito, sino porque empezó a traer cualquier papel que se llamara libro. Recuerda el terrible hueco que se le formó justo en el centro del pecho cuando ella le enseñó los libros *Los animales de la finca* y *Algebra I*. Al principio pensó que era una de sus bromas, y que su mujer, la del humor negro, había regresado a la casa. Pero verla tan animada por la compra le corroboró que la había perdido para siempre. Durante unos meses, ella continuó comprando libros de cualquier índole: infantiles, de texto, de ciencias ocultas. Así se fue poblando el estudio de papel y tinta. Él, por su parte, nunca tuvo fuerzas para dejar de festejarle sus compras y pensaba que ya haría un justificado resaque en la biblioteca.

Fue por esos días cuando comenzó a llegar alterada por los encuentros con los fantasmas de su vida anterior. Siempre había algún idiota mala leche que le hacía la inmisericorde pregunta por su manuscrito. Ella fingía demencia y variaba sus respuestas. A veces contestaba con un muy bien, gracias, aún revisando. Otras, les hacía ver que al fin, después de tantos años, angustia y desvelos, el manuscrito estaba en manos de la mejor casa editorial del país y que esperaba por una respuesta. En ocasiones fantaseaba aún más y les decía que la novela, *La encina*, estaba por salir, que eso la tenía supercontenta y que ya los invitaría a la presentación. Al escucharla, el librero de ocasión bajaría la cabeza, pues todos sabían de su desvarío. Tanto talento, dirían. Una pena, siempre aposté que sería la mejor narradora del país, pensarían. En esos días, llegaba a la casa angustiadísima, con la risa nerviosa y los ojos en otro lugar.

Entonces, bajaba a su covacha y, frenética, volvía sobre un marchitado manuscrito que engordaba un cartapacio. Sería una de esas noches en las que no dormiría nada corrigiendo una vez más su trabajo. En la mañana, después de un extenuante ataque de histeria en que los libros y diccionarios volarían por toda la casa, él se acercaría con una taza de café humeante y la metería a bañar. La última vez que él vio el manuscrito ya iba por la página trescientos cincuenta y cuatro. Estaba tan lleno de tachones, rojos, rojísimos, y de correcciones en los márgenes que apenas podía leerse el texto. Tanto tachaba que las manos de su mujer estaban manchadas de rojo. Él había dado por acabada la discusión al respecto. Habían sido demasiados años tratando de convencerla de que la novela estaba lista. Ella siempre encontraba algún error ortográfico o de concordancia, una mala descripción, un parlamento inverosímil, una pobre caracterización que amenazaba sus noches sin sueño. Al principio, él tomaba



el manuscrito y se proponía releerlo para convencerla de que su trabajo era excelente, como tantas veces había hecho en el pasado. Ella había desarrollado una enferma dependencia de su criterio, y no podía entregar nada que él no leyera. Ansiosa, una vez acabado el escrito de turno, corría a llevarle los papeles y, angustiada, esperaba por su aprobación. Él muy poco le comentaba, pues admiraba la fuerza de su palabra. Se sentía tan feliz de que ella dependiera de su opinión. Verla escribir y leer sus páginas sumaba la cifra exacta del paraíso para él. Se extasiaba contemplando su figura perfecta. Ella, feliz de llenar sus expectativas, se veía contenta por la casa releiendo su escrito.

Después que empezó a escribir la novela, ella se acostumbró a trabajar por la noche. Se amanecía repasando una y otra vez su manuscrito. Al principio, él la acompañaba; le encantaba verla escribir. Pero algo había trastocado la confianza que le brindaba su criterio. Cada vez eran más frecuentes los ataques de autoconmiseración por su falta de talento. Él trataba de consolarla, de animarla. La novela era excelente, en verdad lo era, pero nunca pudo convencerla.

Desde entonces, le parecería fútil quedarse también en desvelo, viéndola marcar una y otra vez el papel con el bolígrafo rojo como si fuera un cuerpo por descuartizar. Tanto le horrorizaba verla fragmentar el escrito que decidió no presenciar más la escena, le acordaba el cuadro *Unos cuantos piquetitos* de Kahlo. Ahora el cuerpo femenino era el trabajo de su mujer y ella misma era el amante asesino.

Al volver al estudio, todo estaba en desorden, como siempre. Al encender la luz, montones de bolas de papel se agrupaban cerca del zafacón. Varios bolígrafos rojos estaban sin tapa sobre el manuscrito aún más rojo. Sin embargo, un extraño dulce olor emanaba del cuarto. La señora había limpiado ayer, él no se explicaba de dónde procedía ese olor a excremento, sería del zafacón, pensó. Intentó hacerse camino por las estibas de libros apostados en el piso, para convencerla una vez más, como todas las noches desde hace dos años, de que no había ratones, ninguno, nada.

-¿Ves? Nada, ningún mamífero por aquí, ninguno por allá. Sólo son tus visiones. A que has dejado de tomarte las pastillas. ¿Tranquila?

Ella lo miró con la misma cara de orfandad, pero ahora más sumisa.



414 “Fe de ratas” (relato)

-Ya pasó, ahora a acostarse a dormir, pues mañana será otro día y tengo trabajo.

Decidió ordenar un poco el estudio, mientras la iba tranquilizando. Al recoger el manuscrito, todavía más gordo, notó que unas páginas estaban rotas. Lo tomó en sus manos, observó que más que raídas, parecían mordisqueadas, comidas.

*Publicado originalmente en *Crímenes domésticos* (Chile, Cuarto Propio, 2007).